

doña Luz de Cabrera, apareció D. Luis Sánchez, Corregidor á la sazón de Córdoba.

—¿No habeis recibido mis cartas, doña Luz? preguntó.

—Ayer recibí la última y ahora la estaba concluyendo de contestar.

—¿Y me ha dejado todo ese tiempo en el martirio?

—Serán muchos los días que tendreis que pasar en él.

—Señora, ¿habíais de obrar con tal ingratitud.

—¿No sabeis que pertenezco á Ruy Gutierre y no puedo pertenecer á nadie?

—Es verdad: Ruy Gutierre es más jóven que yo y más afortunado, pero yo soy más poderoso que él y que toda su descendencia.

El doctor D. Luis Sánchez frisaba en los cuarenta años; su figura era varonil, su estatura mediana, su boca grande, y lo mismo sus ojos, que parecían entónces dos áscuas.

—Decidme, añadió, ¿mi corazón nada vale para vos, señora? ¿No hay en vuestra alma ni una fibra que se estremezca y vibre á la voz de mi cariño?

—Mi alma no oye más voz que la del deber.

—Pues yo no tengo deberes que cumplir: no tengo amigos ni familia; siento por vos una pa-

sion devoradora, y necesito que corresponda á ella por encima de todas las consideraciones y los deberes del mundo.

Y sus ojos brillaban como dos globos de fuego.

Doña Luz, que se había sentado, se levantó airada y le dijo:

—Acabemos, señor Corregidor, no puedo ni escucharle.

Y volvió á sentarse con la dignidad de la mujer honrada.

—Tres cartas os he escrito, y á ninguna de ellas me habeis contestado.

—Aquí tenéis la contestación á todas; tomadla.

D. Luis la arrebató, la leyó con rapidez, y arrugándola y estrujándola convulsivamente, la arrojó al suelo diciendo:

—Guardadla.

—Ya veis que se hace tarde, y no es hora que esteis en mi casa.

—¿Me arrojais también de ella! ¿Y si no quisiera marcharme?

—Me iría yo y os quedaríais con mis criados.

—No, yo no quiero nada de esa suerte; si soy merecedor de su cariño, si el delirio que siento por vos y el amor que palpita en mi co-

razon hantocado su alma, espero una sola palabra de consuelo.

—¡Imposible! ¿No conocéis á Ruy Gutierrez? ¿No comprendéis lo que le adoro? ¿No sabéis que la virtud de la mujer como yo es invencible?

—Yo sé vencer imposibles.

—Pero no á mujeres honradas: si conociéscis á Ruy Gutierre...

—Es muy amigo mio.

—¡Mentís! ¿Sois su amigo y le hacéis traicion? ¿Le estimais para deshonrarlo? ¿Conque sois su amigo y venís á atropellar su casa y su honra?

—El amor no conoce la amistad.

—Salid, por Dios, de mi casa, que se empaña mi virtud con vuestro lenguaje.

—Sin llevar una esperanza, imposible; mi vida está pendiente de sus lábios.

—D. Luis, sed caballero al ménos.

—Doña Luz, sed al ménos compasiva.

—Salid ó doy un escándalo.

Doña Luz le volvió la espalda, circunstancia que aprovechó él para sacar un puñal que, despues de vaciar un instante, colocó rápidamente en un cajon de la mesa que habia en medio de la habitacion.

—¿Estais ahí todavia? dijo ella volviéndose, bien, yo saldré de mi casa.

—Os empeñais en matarme y en mataros.

—Me he empeñado en continuar siendo honrada y en haceros caballero.

—La última palabra.

—Mi última palabra es el desprecio.

Y doña Luz llamó á los criados, que acudieron al momento, á los cuales dijo al entrarse en su alcoba:

—Acompañad á ese caballero.

D. Luis le arrojó una mirada de ira y de fuego, murmuró una blasfemia y salió con los criados que le acompañaban.

IV.

Pasaron ocho dias despues de la anterior escena, y el palacio de la Merced se veia vigilado por alguaciles que no hacian otra cosa sino observar lo que pasaba en él.

Una noche, despues de las once, doña Luz estaba acostada, aunque sin poder dormirse con la pena de no saber de su esposo. La noche la iba pasando entre rezos y sollozos.

Los criados, á la parte de afuera de la antecámara, estaban entretenidos jugando sobre un tablero á los dados.

—Muchas doblas sacas de tu bolsillo, dijo uno al otro, que por lo visto perdia.

—Me parece que tú, Fortun, tienes otro bolsillo igual que contiene igual suma.

—¿Sabes que el Corregidor estuvo franco y generoso?

—Y eso que parecía iba dado á los diablos.

—Es muy caballero y buena persona.

—Dios quiera que nos haga á menudo visitas como estas.

—Me parece que no hará muchas; iba tembloroso, y en mi concepto desesperado.

—A mí me dijo: toma..... y silencio.

—Y lo mismo á mí; pero te aseguro que en diez años no ganamos lo que hemos ganado en una noche.

—Sí; pero veo que tú te has empeñado en llevarte lo de los dos.

—El juego favorece hoy á unos y mañana á otros; es tan inconstante como las mujeres.

—Pues estoy por el Corregidor, que nos favorece á todos por igual.

—¿Si traería miras.....?

—Cá, dijo el otro comprendiéndolo, vendría equivocado.

—No dudes que algo hubo.

—¿Por qué?

—Porque la doncella dice que la señora lloraba luego.

—Será por la ausencia de D. Gutierre. Lle-

van dos años casados y están en la luna de miel.

—Podrá ser, pero sospecho...

En aquel momento oyeron ruido de armas y espuelas por la escalera.

Los criados se levantaron corriendo para salir al encuentro.

Antes que lo verificaran se abrió la puerta de la antesala de par en par, y entró un hombre blandiendo la espada.

—¡Don Gutierre! exclamaron: los criados.

—¡Silencio..... miserables!

Ni un grito, ni una voz se oyó más en la casa: decimos mal, un grito horroroso se oyó casi al mismo tiempo en el aposento de doña Luz.

Después sucedió un silencio sepulcral. Los criados, con el cabello erizado, temblando de miedo, ni se miraban siquiera.

V.

Ruy Gutierre era un joven como de treinta años, perteneciente á aquella nobleza antigua que no transigia ni con la sombra del deshonor. Era de alta estatura, de ojos grandes, azules, pelo que tiraba á rubio, así como la barba, tez blanca, nariz mediana, boca casi pequeña.

Era un capitán valiente, y como tal había ido

á la guerra, llamado por Enrique III que conocia sus prendas personales, á pesar de estar perdidamente enamorado de su esposa doña Luz, que á su vez le queria con delirio.

Él era caballero, ante todo, y sabia cumplir como quien era.

Los moros de Granada habian sitiado á Baeza, y Ruy Gutierre corrió con otros caballeros de Córdoba á unirse á Pedro Manrique, frontero de aquella parte, y al mariscal Juan de Herrera. Esto era en los últimos dias de Diciembre de 1405, y Ruy Gutierre se encontraba en Baeza curándose de una leve herida que habia recibido en la batalla de Collejares, que si bien quedó indecisa, tuvo que hacer prodigios de valor para contener á los moros, envalentonados con la muerte del mariscal Juan de Herrera, y los caballeros de tanta cuenta como Alonso Dávalos, Martin Sanchez de Rojas y Garcia Alvarez Osorio, que murieron en dicha batalla, pero vendiendo caras sus vidas.

Ruy Gutierre, que habia hecho morder la tierra á muchos moros, sacó una pequeña herida en la cabeza, que siquiera le obligó á guardar cama y si sólo á precaverse.

Dotado de una fuerza atlética, se entretenia á la sazón en el ejercicio de las armas y en hacer prodigios sobre el caballo.

Era el 5 de Enero de 1406, cuando recibió en Baeza una carta misteriosa que; despues de abierta, se expresaba en los siguientes términos:

«Un apuesto doncel visita de noche á vuestra mujer doña Luz con beneplácito de ella; si quereis sorprenderlos, venid una noche á vuestro palacio despues de las once: en el cajon de la mesa de la sala encontrareis un puñal que él deja siempre allí escondido para cualquier evento, y los criados os enseñarán el precio de la confianza en dos bolsillos iguales repletos de oro que él les ha entregado.»

Esta carta, sin firma, ya se comprende que era hija del despacho del Corregidor, que acaso no la meditó en su ceguedad.

Creemos, sin embargo, que él se figuró que el miedo á su autoridad y el silencio que habia impuesto á los criados bastaria para no descubrirle.

El Corregidor no contaba con la fatalidad.

Entonces su autoridad era incontrastable; un Corregidor era un poder supremo; su nombre solo infundia miedo y terror. Hasta los reyes los respetaban.

Ruy Gutierre, herido en su honra, ofendido en su amor propio, burlado en sus esperanzas, agujoneado por los celos y llevando delante el

horror de la traición de doña Luz como un espectro provocador, como una sombra insultante, abandonó á Baeza, cruzando en quince horas, como una tempestad, las diez y seis leguas que le separaban de Córdoba.

Llegó á su palacio, airado, loco, frenético, desencajado, convulsivo, ciego, como el que sólo desea sangre para lavar su deshonra y satisfacer su apetito, su sed devoradora.

Nada detuvo sus pasos, ni la reflexion tuvo entrada en su atolondrado y delirante espíritu. Impelido por el ódio y el rencor, sediento de venganza y esterminio, subió las escaleras de su palacio y llegó hasta la alcoba de doña Luz, como acometido de un vértigo.

Antes supo hacerse de las pruebas que buscaba, como vemos.

VI.

Cuando D. Gutierre subió á la habitación en que estaban los criados, fueron éstos sorprendidos de tal manera, que no tuvieron tiempo de esconder los bolsillos que tenían sobre el table-ro para el juego.

Don Gutierre vió todo aquello al entrar, y se convenció de la verdad de la carta.

Para cerciorarse por completo, fué rápida-

mente á la mesa, abrió el cajon y sacó de él el puñal que buscaba.

Un grito ronco y ahogado resonó en su corazón.

Era el ruido de la pantera herida.

En medio del frio que congelaba la atmósfera, se vió el sudor correr por su frente.

—¡Infame! gritó, mi afrenta lavaré con tu sangre. Y como impulsado por un diabólico instinto, se precipitó en el cuarto de doña Luz.

Un grito horrible resonó en la alcoba, que se confundió con un trueno espantoso que rodaba por los espacios.

Don Gutierre salió del cuarto con el puñal ensangrentado, presa de una convulsion nerviosa.

Una risa sardónica brotó de sus labios, á la vez que el sudor empañaba sus ojos.

Sobre su lívida frente llevaba las señales de la muerte.

Aquella risa histérica y nerviosa parecia la risa de los réprobos.

Los criados se estremecieron de terror al verle en aquel ademan.

La segunda venganza no se hizo esperar.

Arrojó el puñal al suelo con horror y cogió á los criados como si fueran dos ovillos y los tiró por la ventana.

Ya hemos dicho que Ruy Gutierre tenía una fuerza hercúlea y un valor proverbial.

—¡Estoy vengado! exclamó, y tomó asiento en un sillón.

En aquel momento una nueva idea le atormentó: otro pensamiento cruel pasó por su mente.

—¿Quién es el autor de mi deshonra? ¿Cómo he de vivir sin hacerle el alma pedazos? ¡Es imposible! Si no lo sé, pondré en las esquinas un cartel de desafío llamándole ladrón y cobarde. Yo he de acabar con los bandidos de honras. Hoy mismo lo buscaré por todas partes... ¡Ah! esos criados me darán luz; ellos lo saben todo.

Don Gutierre bajó á la llanura y los encontró cadáveres.

—¡Maldición! gritó: entónces su desesperacion llegó al último extremo.

Volvió á subir la escalera, y en su calenturiento delirio fué á coger el puñal que ántes habia arrojado, para herirse, cuando vió un papel arrugado cerca de él. Convulso y tembloroso arrebató aquel papel que lo desdobló, y leyó con ánsia su encabezamiento, que decia:

«Sr. D. Luis Sanchez: He recibido sus tres cartas, y sólo contesto á la última para decirle que no insista más en sus pretensiones: que no espere jamás que falte á mi marido, á mi honor

ni á mi deber: que mi honra es la de Ruy Gutierre, á quien adoro, y por nada ni por nadie en el mundo le hará traicion mi cariño. Si vuelve á importunarme, tendré necesidad de avisarle de lo que pasa.

LUZ DE CABRERA.»

—¡Cielos! ¿qué he leido? Si la habré matado malamente. ¡Ella! ¡Ella! ¡Alma de mi alma! ¡Guardadora de mi honor! Has muerto cuando más mirabas por él.

Una sospecha concibió Ruy Gutierre; entonces sacó la carta de Baeza, la cotejó con la que habia dentro de la de doña Luz, á que ella contestaba, y vió, desesperado, que era la misma letra.

—¡Villano! ¡Infame! exclamó; lo he comprendido todo, aunque tarde: ha sido una venganza vil y traidora y te has vengado de su desprecio: pero yo me vengaré de tí y la vengaré á ella. Señor Corregidor de Córdoba, en el reloj de tu vida ha sonado la última hora. El infierno va ser estrecho para encerrar tus maldades. Y tú, ángel de mi vida, perdóname; yo te lo pido de rodillas, mientras á Dios tambien le ruego por mi salvacion.

Y aquel hombre cayó de rodillas mirando al cielo. El instinto religioso no se habia extin-

guido en su corazón, ni en medio de las procelosas borrascas de su vida.

De pronto volvió á cruzar la idea de la venganza por su cabeza, y se levantó como un relámpago, diciendo:

—Quiero hartarme de sangre, y la última que beberé será la de ese villano, la de ese hombre bárbaro y ruin que ha atentado contra mi honor, sembrando la desolacion en mi familia; sí, la beberé con placer, con ódio, con ánsia, con sed abrasadora. Hasta que la beba, no podré respirar.

Y arrojando una mirada satánica sobre aquel palacio, teatro de sus crímenes, salió á la calle con la rabia y la desesperacion dibujados en su semblante, con la mirada torva y blasfemando.

Mientras se alejaba del palacio, el huracan y los granizos lo azotaban y hacian volar las desvencijadas puertas de sus ventanas.

Ruy Gutierre siguió como un fantasma vengador, por medio de la oscuridad y entre los truenos y los relámpagos, y como si lo hubiera vomitado el furor de la tormenta.

Así entró por la puerta del Osario, recorrió la calle del mismo nombre y pasó por delante de la iglesia de San Miguel.

VII.

Eran las tres de la mañana cuando dos hombres, embozados para resguardarse del agua, cruzaban el histórico puente de Julio César sobre el Guadalquivir, pasando á la otra orilla á riesgo de ser arrastrados por el vendabal. Corrieron algun trecho hácia una alameda que se estendia por la mencionada orilla, donde uno de los embozados, el más bajo, se detuvo diciendo:

—Decidme lo que tengais que decir, que yo no paso de aquí.

—Voy á mataros.

—Primero necesito saber las razones.

—La primera razon, es que vengo á mataros y os mataré. La segunda razon, ésta:

Y le arrojó á la cara las cartas hechas un lio.

La espada de D. Gutierre brilló en seguida desenvainada á la luz de un relámpago que iluminó su rostro de fiero. Sus manos, crispadas, pedian una víctima.

—No me batiré si no me explicais...

—¡Villano! Y le puso la espada en el pecho, escupiéndole en el rostro.

D. Luis Sanchez tiró de la espada y se puso en guardia: aquella afrenta era imposible tole-

raría. Un rayo de alegría irradió de los ojos de Ruy Gutierre; veía llegada su venganza.

Apénas cruzaron las espadas, el Corregidor se detuvo diciendo:

—No puedo combatir; el viento y el granizo me dan en la cara y sería buscar una muerte segura.

—Poneos en mi sitio: os darán de espaldas y á mí de cara, lo cual no importa, porque yo con los ojos cerrados buscaré vuestro corazón.

Cambiaron, en efecto, de posición.

El combate fué breve.

Ruy Gutierre, hombre de gran agilidad y de fuerzas gigantescas, cuya estatura dominaba la del Corregidor, se quitó la primera estocada de su contrario, y á la vez le dió una con tanto acierto que le atresó el corazón, saliendo la punta de la espada por la espalda.

—¡Válgame Dios! murmuró escupiendo sangre D. Luis.

—El demonio te valdrá, no Dios.

—¡Ay! ¡Ay! Confesion...

—Ahí tienes esas cartas, confiéstate con ellas.

—¡Perdon! murmuró con voz ahogada, y espiró.

Ruy Gutierre repasó el puente seguido de algunos alguaciles, que no se atrevieron á molestarle.

Sabian que todos juntos no valian nada para aquel hombre irresistible.

Cuando llegó á su casa mandó preparar dos caballos, y miéntras, penetró en el cuarto de doña Luz, se arrodilló delante del cadáver, lo besó en la frente y exclamó, no llorando, porque no sabía llorar, sino arrepentido:

—Perdóname, mártir de mi amor, victima de mis celos: una infamia de un hombre depravado te ha costado la vida; pero ya te he vengado y he vengado su infamia: pídele á Dios me perdone, porque yo sé que estás en el cielo y que me perdonas.

Volvió á besar aquel rostro cárdeno y amoratado como el lirio, rezó una plegaria y salió como loco.

VIII.

Ruy Gutierre, como vasallo leal y buen caballero, se presentó al rey Enrique III.

Antes que hablase, le dijo el rey:

—«Hánme dicho, D. Gutierre, y público nos es por la voz de las gentes y el testimonio de mis justicias, que habeis dado á vuestra mujer mala y excomulgada muerte. Que os oiga, habeisme pedido; hablad, pues, y que Dios ponga la verdad en vuestros labios, como yo pondré

la cuchilla en vuestra garganta si os cae una sola gota de sangre criminal.»

«Esto decia el bueno y desdichado rey Enrique III, y al decirlo tornábanse sombríos sus ojos y hosco su ademan» (1).

El caballero, sin perder su serenidad ni su aplomo, y no desmintiendo el valor acreditado en cien combates, refirió al rey el drama de su casa sin omitir ningun detalle, sin equivocarse en ningun extremo, sin faltar á su voz la sinceridad y la buena fe de su caballerosidad, la coarvicción de su espíritu levantado.

Cuando el rey escuchó aquella tremenda historia con todos sus horrores, y comprendió la franqueza, la ingenuidad y la honradez con que hablaba, que habia sido precipitado por impulso enemigo y aviesa intencion, y que habia sido arrebatado por la cólera de los celos y por el prestigio de la honra mancillada, le dijo:

—«Ruy Gutierre, habeis cumplido como bueno y como caballero: habeis lavado la mancha que empañaba vuestra honra: habeis vengado vuestro honor con largueza; el Corregidor ha sido bien muerto cara á cara; doña Luz ha sido *malmuerta*. En castigo de esta culpa, y para que sea un pregon de vuestros hechos en los si-

(1) Heliodoro del Busto.

glos futuros, derribareis vuestro palacio, y sobre sus escombros levantaréis una hermosa torre que se llamará *La Torre de la Malmuerta*».

Y vedla allí que se levanta, segun dice el malogrado escritor citado, «triste, negra, solitaria, como el recuerdo de un crimen, como la sombra de una aspiracion» (1).

(1) Vaca de Alfaro, en su *Historia de Córdoba*, dice: «Esta torre se llama de la *Malmuerta*, porque un caballero mató á su mujer sin culpa, arrebatado de celos; y el rey, hecha la comun prueba, mandó por condenacion que á su costa se hiciese esta torre.» Este es el fundamento de la tradicion.

EL VADO DEL MORO

(Tradiclon Egabrense)

A MI QUERIDO AMIGO EL DISTIGUIDO POETA

D. LUIS HERRERA Y ROBLES

Director del Instituto de Ochoa

I.

Pocas poblaciones hay en España donde pueda detenerse el viajero, con verdadera admiración, bendiciendo el poder de Dios y la sublimidad de la naturaleza, como ante la villa antigua de Cabra, situada al pié del monte *Simblia*, como llamaba el moro Rasís al elevado pico sobre el que se levanta el santuario de la Virgen de la Sierra, de singular veneración, no sólo en aquel pueblo, que la tiene por patrona, sino entre los que constituyen aquella rica y feraz comarca. Elevada Cabra á ciudad en 1849, parece como que desde entónces todas las municipalidades que la han gobernado, han queri-